

TEATRO

EL CRITICO ESCRIBE

"LA SOLTERA REBELDE"

(REINA VICTORIA)

UN POETICO ENREDO

AQUELLOS niños que jugaban en la última gran comedia de Ruiz Iriarte, en "Juego de niños", traen también a ésta de hoy el alboroto de su juventud. El mismo escenario para las dos comedias, los mismos estupendos intérpretes, las voces recordadas, el lenguaje literario, gracioso, limpio y poético, de idéntico empaque que entonces, nos meten en esta casa de Adelaida con la sensación de encontrarnos entre antiguos amigos.

Sin que nada tengan que ver entre sí una y otra obra, el "aire de familia" nos abriga en la butaca con viejo regusto. Y uno siente el deseo irreprimible de saludar con la mano y la sonrisa a Tina Gascó y a Casaravilla cuando inician el paso de esta nueva aventura. El profesor inolvidable de entonces es ahora un organista de iglesia desaliñado, medio vagabundo y medio poeta, pero con un corte de espíritu siluetado por el mismo propósito señorial. Y la dama aquella es aquí Lupe, la rebelde soltera. Lupe y el organista se dicen en situaciones peregrinas muchas cosas hermosas que nos gustan, nos hacen sonreír y nos conmueven. Los dos magníficos personajes son la comedia entera. Y oscilando entre ellos anda Rosa Lacasa, con el chisporroteo divertido de su paso y de su agudeza.

El juego de los muchachos en "La soltera rebelde" está un poco fuera de la línea fundamental de la obra. Es como si el autor, al hacerlos presentes, con generosidad excesiva, no quisiera dejarnos gozar del todo aquello que más nos interesa. Lo dosifica con picardía reservándolo para los momentos mejores, y saca, mientras tanto, al escenario, con el fin de entretener nuestra impaciencia, la bulla reidora y distraída de los chicos. Pero cuando asoma por una puerta la cara del organista enamorado o la sonrisa inquieta de Lupe, se espesa el silencio en la sala para no perder una nota en el literario concierto de las dos voces. Así, de lo risueño a lo poético pasando por ciertos estrados de grato parloteo innecesario, nos lleva Ruiz Iriarte de la mano, haciéndonos bailar al son que él nos toca. A mí me sigue gustando el toque del organista, que habla de amor y de Mozart como ensueños.

La comedia logró un gran éxito, y fué espléndidamente interpretada. Tina Gascó, Rosa Lacasa y Carlos Casaravilla fueron, como ya se dice, las ideales y exactas figuras del poético episodio. La señorita Ragel tuvo que improvisar su personaje por indisposición de Antonia Mas, y lo hizo muy bien. Manuel Arbó, excelente. Y con muy buen arte Victoria Rodríguez, Conchita Sarabia, Lolita Gómez, Alejandro y Sánchez. Los aplausos fueron muchos y unánimes.

Yo me despedí con el pensamiento en un familiar adiós del organista y de la solterona, esperando no sé por qué encontrármelos por ahí cualquier día metidos en otro poético barullo.

Gabriel GARCIA ESPINA

ALCAZAR, 195